

El diario de Juan Gracia Armendáriz

Fernando Aramburu analiza 'Diario del hombre pálido', último libro del escritor navarro en el que habla abiertamente y con humor de su enfermedad, la literatura o su hija

NOVEDAD

FERNANDO ARAMBURU



Sabido es que revelar en sucesivas jornadas de escritura confidencias personales, incidentes de la propia conciencia, sucesos nuevos o antiguos vividos por el mismo que los expresa, conduce al diario. Incluso cuando es concebido para que lo lean otros, un diario consiste básicamente en una crónica de la intimidad. De ahí que su poder de sugestión no resida, como ocurre con las ficciones narrativas, en el manejo adecuado de los recursos habituales de la verosimilitud. El diario, aunque contenga errores, aunque lo redacte un mentiroso o sirva de soporte formal a una historia inventada, es por su propia naturaleza manifestación de una verdad testimonial. No se predispone a encontrar otra cosa quien emprende su lectura.

La verdad extraordinaria o vulgar de un individuo, comunicada por él mismo con franqueza, no garantiza por sí sola la excelencia literaria. Practicar por escrito la sinceridad y haber protagonizado hechos notables en la vida se compadece sin problemas con la circunstancia de ser un pésimo escritor. Lo cual no obsta para que la magnitud literaria de un escrito determinado proceda tanto de ciertas cualidades de la personalidad humana del autor como de su destreza en el uso del instrumento expresivo.

No tantas veces como quisieran los aficionados a los buenos libros, pero sin duda con más frecuencia de lo que proclaman los profesionales de la queja, se produce en al-

«El diario es por su propia naturaleza manifestación de una verdad testimonial»

gunos textos la armónica fusión de un lenguaje de calidad y los testimonios de un hombre profundo y sensible que, además, tiene algo interesante, acaso conmovedor, que contar. A este género de obras pertenece el 'Diario del hombre pálido' de Juan Gracia Armendáriz.

El libro abarca ciento sesenta y nueve días de escritura confesional, datados en el año 2009. La elección de dicho tramo de tiempo, hasta cierto punto fortuita, afecta someramente al contenido de un texto que no pretende ni la narración ni el comentario de la actualidad, aunque de manera esporádica asuma también ambos cometidos. El diario de Gracia Armendáriz empezó a gestarse al amparo de una revista cibernética, 'La casa de los Malfenti', y su difusión por entregas fue completada en la página web de la editorial Demipage, responsable más tarde de su publicación impresa. La iniciativa propició una modalidad de lectura que antes de la invención de Internet resultaba insólita. Y es que numerosos interesados tuvieron ocasión de conocer el diario a medida que su autor lo iba componiendo y no, como ocurre de costumbre, en la versión terminada de un libro.

El 'Diario del hombre pálido', escrito en una fecha anterior o posterior, habría consignado por fuerza peripecias distintas de las que ahora contiene; pero en lo esencial habría seguido consistiendo en la suma de impresiones y testimonios de un escritor aquejado de una dolencia grave. Para decirlo con la nitidez con que él se expresa, tras más de veinte años viviendo con un riñón trasplantado, a Gracia Armendáriz se le reproducen los problemas asociados a la insuficiencia renal que padece desde joven. Por este motivo debe someterse a sesiones periódicas de diálisis mientras espera el azar venturoso de un nuevo riñón.

Trivializaríamos el libro si afirmáramos que trata primordialmente de eso. Nada más inexacto. La citada enfermedad no supone tan sólo un asunto del que el autor se ocupe por extenso. Es otra cosa más profunda. Es, sobre todo, una perspectiva, por cuanto Juan Gracia Armen-



Juan Gracia Armendáriz, rodeado de libros. :: LUIS AZANZA

dáriz escribe, a menudo en actitud reflexiva, sobre múltiples cuestiones sin esquivar el relato clínico, pero sin limitarse a él, con y desde la enfermedad que condiciona sus días. Su diario no finge un género literario, aun cuando a la literatura, entendida como una actividad artística, no le cueste acomodarse a la prosa serena, sobria, bien trazada, con que el libro está escrito. El material autobiográfico llega a los lectores sin el «parapeto de la ficción» (el concepto es de Gracia Armendáriz), como sucedía en su anterior novela, 'La línea Plimsoll'.

El libro, meritoriamente, reúne diversas rebeldías. Para empezar, el hombre generoso que nos invita a compartir pormenores de su intimidad y que en páginas a menudo intensas y no pocas veces irónicas nos muestra sin tapujos sus padecimientos, se niega a ser su enfermedad.

Se niega a consistir exclusivamente en ella; a ser abarcado, tragado, explicado por ella; a encerrarse a solas con su ego doliente. He ahí una lección moral expuesta sin alharacas, sin vanidad de estilo y sin frivolidad por un hombre sencillo a quien el perdurable sufrimiento no ha logrado encoger el corazón. Antes al contrario, su libro abunda en pasajes que revelan una actitud positiva ante la vida, con todo lo que esta contiene de bueno, de hermoso, de disfrutable incluso para quienes, como él, no se hallan en las mejores condiciones para el disfrute.

El texto alterna las páas críticas (dianas más comunes: las conductas hipócritas, la incompreensión del dolor ajeno y el trato a veces poco humano, por no decir vejatorio, del personal sanitario) con momentos de gran ternura, suscitada por la presencia de algún animal, por los gestos de solidaridad entre pacientes, por las evocaciones cinegéticas a la vera del padre y, con especial ahínco, hasta constituir uno de los núcleos temáticos centrales del diario, por el amor correspondido del autor a su hija.

Acto de afirmación

En coherencia con su celebración de la existencia, Gracia Armendáriz concibe la escritura como «un acto de afirmación». Hay en este punto una ostensible concomitancia con aquel postulado de Albert Camus que reclamaba para toda acción de rebeldía una consecuencia creativa. El rebelde dice 'no' para defender un valor positivo para él y sus semejantes. Y en esa línea constructiva se coloca Gracia Armendáriz cuando desaprueba la impostura, los comportamientos insinceros, la «coquetería estilística», o cuando tacha de inelegante, e incluso de irrespetuoso, el diseño de reducir la literatura a una mera exhibición de llagas.

El humor afable, pura entereza, aporta otra de las rebeldías más frecuentes en el 'Diario del hombre pálido'. Humor que, en medio del temor y la desdicha, ahuyenta con naturalidad los tonos patéticos, el resentimiento, el regodeo en las propias heridas, y que alcanza a cada paso momentos narrativos tan entrañables como risueños, como cuando el escritor sugiere de broma a la rueda de candidatos a recibir un trasplante que se jueguen a los chinos el riñón recién llegado al hospital, o cuando remeda la jerga de los endólogos para describir los distintos tipos de orina de acuerdo con sus respectivos colores. El humor desdramatiza la propia desgracia sin negarla, de paso que preserva la lucidez y hace posible, en un mundo francamente difícil, por no decir algo peor, el milagro ocasional de la sonrisa. A veces un puñado de páginas basta para salvar la dignidad humana.